

ATANDO CABOS

Víctor Meza

Cuando iniciaron los procesos judiciales contra militares y civiles involucrados en los crímenes de las llamadas “guerras sucias” en los países del Cono Sur, era común escuchar la siguiente afirmación, especie de juego de palabras y advertencia a los juzgadores: “Si se dejan cabos sueltos, se escapará el general”. De esta manera, entre ingeniosa y sibilina, se hacía alusión a la necesidad de investigar en todos los niveles de la jerarquía castrense para asegurar la real y plena aplicación de la justicia, es decir abarcar a todos los realmente culpables, jefes y subordinados, cabos y generales...

He recordado la frase ahora que leo, entre animado y curioso, las publicaciones divulgadas en la prensa nacional y extranjera sobre el involucramiento de altos jefes policiales y numerosos agentes de las escalas intermedia y básica en la comisión de todo tipo de delitos, incluyendo el asesinato por encargo, obedeciendo órdenes de los capos mafiosos del narcotráfico. O sea que estos policías – de alguna manera habrá que llamarlos – se comportaban como verdaderos sicarios, asesinos a sueldo, al servicio de los carteles de la droga.

La más reciente publicación sobre estos temas, la del influyente diario norteamericano New York Times, amplía con detalles y nombres la información inicial que ya había sido divulgada por diario El Herald. De esta manera, la trama criminal que involucra a policías activos y a destacados funcionarios del Sector Seguridad, adquiere una dimensión más amplia y envolvente, que amenaza con arrastrar consigo a cabos y generales, no sin antes pasar también sobre las cabezas de ministros, viceministros y directores generales. Una verdadera avalancha que podría convertirse en un alud de insospechadas pero necesarias consecuencias.

No soy partidario de las llamadas “teorías conspiratorias”, que con frecuencia exageran los hechos y buscan causas ahí en donde solo aparecen los efectos. Esa tendencia a creer que siempre hay una mano escondida que manipula los hechos y construye, con la habilidad del ajedrecista que la mueve, la trama necesaria para producir los resultados deseados. Sin embargo, no soy ingenuo y tampoco dejo de creer en las segundas intenciones y en los manejos ocultos que siempre se hacen detrás de las bambalinas.

En este caso que nos ocupa, las especulaciones van y vienen. Cada quien parece tener su propia explicación de los hechos. Pero una cosa es cierta: muchos de los acontecimientos hoy develados ya eran del conocimiento general y comidilla diaria en las tertulias amistosas o en la intimidad de las alcobas. Con la discreción debida y el temor a flor de piel, no eran pocos los compatriotas que se atrevían a compartir la información y comentar los hechos. Tanto en los pasillos judiciales como en las salas de redacción, los datos sueltos iban y venían, revelando con certeza o deformando con calculada malicia la verdad de los sucesos.

Hoy las cosas aparecen más claras y precisas, liberadas en buena parte de la nebulosa artificial que las ha cubierto. Se conocen los nombres, los cargos ocupados, el rol de cada quien, la estructura siniestra que ponía en marcha la trama criminal, el silencio cómplice, la negligencia calculada, la indulgencia sospechosa... en fin. Por lo tanto, ya no hay muchas vueltas que dar, la verdad ha salido a la luz y sólo queda ver si la justicia logrará por fin castigar a los culpables, tanto a los materiales como a los intelectuales.

El gobierno tiene ahora frente a sí la gran oportunidad de llevar a cabo – ¡por fin! – la ansiada reforma profunda e integral del sistema de seguridad, acompañada al mismo tiempo por la necesaria y urgente depuración a fondo de la fuerza policial. Es la hora de separar, con precisión quirúrgica, a los depuradores de los depurables, sin caer en la fácil tentación de confundirlos y convertir a unos en lo que deberían ser los otros. Es la hora de atar bien los cabos, para que no escape el general...